

## ‘Copenhague’ lleva al teatro una intriga científica de la Segunda Guerra Mundial

QUICO ALSEDO

MADRID.— Hace frío en Copenhague. Y, sin embargo, la Segunda Guerra Mundial está al rojo vivo. Es 1941. Dos científicos, Niels Bohr y Werner Heisenberg, fantasean con una posibilidad: la bomba atómica. Bohr se la daría a los nazis; su ex discípulo, a los aliados. Y sobre ambos, sobrevolando, la pregunta: ¿puede la ciencia, éticamente, jugar a los dados con la vida?

El director teatral Román Calleja lleva tres años tratando de responder a la cuestión. En 1998, un productor le envió a Londres a ver «una obra de Michael Frayn que puede estar bien». Su inglés no le dejó entender demasiado. Luego cayó el texto en sus manos: «Una maravilla: entretenimiento, reflexión... y basado en hechos reales. Lo tiene todo».

Y ahora, al fin, protagonizada por Fernando Delgado, Juan Gea y Sonsoles Benedicto, *Copenhague* llega a las tablas madrileñas. Será desde mañana mismo hasta el 1 de junio, en el Centro Cultural de la Villa.

¿Género? A pesar de las disquisiciones científicas, del poso filosófico, del perfil de drama histórico...

«comedia inteligente, pero comedia», sorprende Calleja. Y lo explica: «Frayn es conocido, sobre todo, por obras cómicas. Pero aquí tocó algo que realmente le interesaba: el papel determinante de la física en el siglo XX y lo que sucedió en Copenhague entre Bohr y Heisenberg... pero no pudo evitar el tono alegre».

Pongámonos en antecedentes: en 1922, Bohr —ya premio Nobel— está dando una conferencia. Un Heisenberg aún colegial levanta la mano: «Está usted equivocado». Inmediatamente se hacen amigos. El tiempo pasa. El delfín logra también el Nobel —en 1932—, y el emergente nazismo lo adopta como símbolo. Llega la guerra. Heisenberg viaja desde Berlín para visitar a Bohr. A Copenhague. Le pregunta: ¿están los aliados buscando la bomba atómica? Bohr repone: «¿Y los nazis?».

«Aquel encuentro es hasta hoy un enigma», dice Calleja, «y además produjo injusticias: Heisenberg, a pesar de asegurar que intentó evitar desde dentro la bomba nazi, quedó marcado. Y a Bohr, que luego creó el detonador de Nagasaki, se le encumbró. Una injusticia», apostilla.